

## Estampa lírica

Al llegar a la cima del montículo, se detuvo a descansar. Tumbado en la verde hierba, dejó reposar sus miradas en la lejanía; allá enfrente, recordándose en el azul de la tarde, el murallón del Jaizquíbel se alzaba bravo y sombrío—áspera su espalda a los embates del mar—

A sus pies, las últimas luces del ocaso dejaban en Lezo franjas doradas esfumándose en sombras de violeta. De allá lejos, de entre las nubes en rojas llamaradas que incendiaban el poniente, llegaba el ulular de algún barco pidiendo entrada en Pasajes.

San Marcos—trunco y achaparrado—parecía sestar en la tarde.

Camino a Navarra, se sucedían las montañas en moles grandiosas, solemnes, como viejos dioses que reposaran sus lomos tostándose al sol.

Las Peñas de Aya se recortaban en un perfil de dromedario de pesadilla.

Y allá abajo, en lo hondo, acurrucado y humilde, tras el duro batallar del día de sus fábricas y talleres, descansaba el pueblo — Rentería—mecido en los grises del crepúsculo; enhiesta la fina torre-aguja de su Iglesia; alguna llama dorada en las ventanas al sol....

¡Qué serenidad en la naturaleza!  
¡Cuán lejos quedaban los cuidados y sinsabores cotidianos de la vida!

El espíritu se anegaba en el remanso sereno del atardecer en calma.

Vivas y saltariñas, ascendían las notas del chistu en una añoranza de los tiempos idos que los mismos sonnes dábanle un frenesí, una fiebre de

brincos airosos y ágiles piruetas trenzadas al ritmo vivaz y loco que repicaba en el tamboril.

Y, perdido en sus recuerdos, no vió que la noche se echaba encima, Todos los colores del crepúsculo —oros, violetas, azules—habían apagado sus tonos que iban muriendo en una sinfonía de grises; esos grises únicos, de dulzura y de mimo, de la tierra vasca.

—*Gabón*; el saludo del aldeano que pasaba camino al caserío, le sacó de su ensimismamiento.

—*Bai-ta zuri-re*. Y levantándose —en la mano el libro que no había abierto siquiera—empezó a bajar la cuesta para el pueblo.

La campana de las Agustinas daba un leve temblor en la quietud de la tarde.

La luna era ya un guiño en el horizonte...

\* \* \*

Le gustaba, después de pasar junto al viejo cementerio en soledad y silencio, entrar por aquella callecita en cuesta de la que nunca pudo averiguar el comienzo; bajando del campo, se encontraba uno en la calle sin transición alguna. Había viejas casas, como fortalezas, con escudo y portal en arco. Cierta tarde, poseído su espíritu del ambiente medioevo que rezumaban las viejas piedras, quiso desentrañar su misterio y adentróse por el ancho portalón en ansia del zaguán con infanzones y escuderos; no vió sino una especie de barracón con un rótulo: Zapatería. Salió huyendo.

---

Pero de noche, toda la callecita guardaba ese vago e indefinible encanto que la pátina deja sobre las viejas piedras; el hechizo de la luna plata posando su luz muerta sobre los aleros que recogen la calle en amoroso cobijo; oscuros portalcones que encierran el misterio de tantas parejas que desgranarán quereres e ilusiones al amparo de sus sombras...

Un poco más abajo, se detuvo a la puerta iluminada de una sidrería. Dentro todo era jarana, bullicio, humor, alegría. Entró; un vaso, otro, otro..., y sintió que su alma se iba impregnando de aquella sana alegría, de aquella campechana amistad que corría a raudales, al igual que la sidra, entre todos, sin distinción de castas ni posiciones.

Y de pronto, en medio de la algazara, comenzó a elevarse, queda y sentida, una voz, una sola:

Itxasoan lañoa dago...

Al momento cesó el bullicio y todos comenzaron a seguir la melodía, con el don maravilloso para la música que los vascos poseen.

Cantaban en esa lengua milenaria, cuyo origen se pierde en las sombras de los siglos, con una unción religiosa. Hieráticos, solemnes,—como quienes cumplen con un rito sagrado—modulaban las notas que hablaban de la tierra y de la amada con fervor y sentimiento de enamorados.

(Casi todas las canciones vascas constan de dos partes que no guardan, al parecer, ilación alguna; de aquí su semejanza con el Hay-kay japonés: «El mar está nublado hasta la barra de Hendaya; yo te quiero a tí más que el pájaro a sus crías».

Pero él encontraba una gran armonía en las dos partes, tan dispares al parecer. Veía, sentía, mejor dicho, que los dos versos primeros eran una especie de paisaje donde pidiera destacar mejor el sentimiento amoroso final).

Y la canción, impregnada de dulzura y de melancolía—sin las jactan-

cias de la jota brava y solitaria ni los lamentos del cante jondo—se elevaba, pura y viril, como una ofrenda.

Volvió a correr la sidra que una neskaxa guapa se daba prisa a servir, y volvieron las risas y el bullicio..

Saku, Anixeto, Aldaco, Joxe Miguel, todos, espíritus sanos, de un humor endiablado, rivalizaban en chistes y ocurrencias.

Anixeto, tolosano de nacimiento, y que, como tantos otros de la misma villa, reside en Rentería, cuenta una de las suyas. Casi nada. Se fue un día con sus amigos a probar una cuba. La sidra resultó polita; tan polita—los labios del narrador se contraen en un tic nervioso a la añoranza del dorado néctar—que se pasaron una semana enterita sin salir del caserío. Ahí, pero eso sí. Todas las mañanas, al alba, cuando el reseo ardía en las entrañas, veíase ya sobre la mesilla, al alcance de la mano, una bien colmada jarra de fresca y espumante sidra.

Baco, desde su empíreo, debió sonreír satisfecho de contar con tan excelentes adoradores.

Otra vez.., y siguen engarzándose son tantos - los chistes y sucedidos.

\*\*\*

Era ya tarde cuando salió de la sidrería. Al bajar la cuesta, la noche embrujada ponía luces de plata en los rincones.

Leve y quejumbrosa—apagada en la distancia—morfa en remansos de pena otra canción en la sidrería: Ariyo neure maitía...

Y al acorde perfecto de luna, sidra y canto, el pasadizo en arco bajo la vieja iglesia era una aguafuerte de alucinación y de misterio...

LUIS

Rentería, 24 Junio 1941.